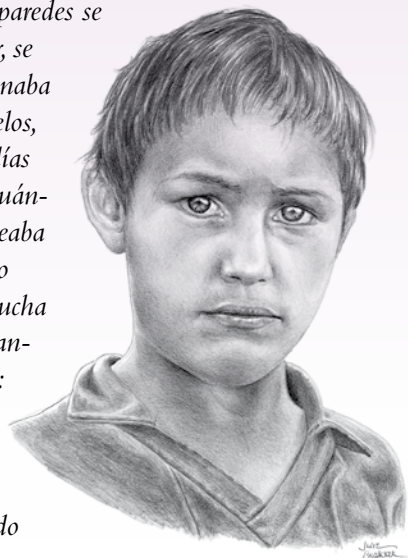


El terremoto de Chile visto por un niño

Marcos tenía 11 años; se despertó de madrugada; todo temblaba. Las paredes se estremecían, el suelo vibraba, el ruido era ensordecedor. Presa del terror, se preguntó «¿qué pasaría si se abriera la tierra y entrara el mar». Sólo atinaba a orar y a recoger algunas cosas para escapar. Camino al cerro, vio abuelos, mujeres con bebés, niños que corrían llorando aterrorizados. Pasó tres días en el cerro. Pensaba: «¿Por qué ha provocado Dios este terremoto? ¿Cuándo se va acabar esta pesadilla? ¿Cómo habrá quedado mi casa?» Deseaba volver a su vida normal. De repente sonó el celular de su padre. Un tío venía a recogerlos. Le inquietaba que no les encontraran, pues había mucha gente. De pronto exclamó: «Es un milagro, mi tío llegó». Fueron a Santiago. Al volver a Arauco, un mes más tarde, sucedieron otros milagros: su casa estaba intacta, su colegio y sus amigos también, pero otros lo habían perdido todo. Cada día salía con su familia para repartir comida, orar y consolar a la gente. Entonces comprendió: «Dios no ha causado el terremoto como yo pensaba —concluyó—, pero he aprendido una lección: esto nos hace fuertes, nos enseña a no pecar».



Desastres naturales

Las grandes catástrofes naturales: terremotos, erupciones volcánicas, avalanchas, tsunamis, inundaciones, desbordamiento de ríos, etc., siempre han existido, con sus graves secuelas de pérdida de vidas humanas, epidemias, destrucción y devastación económica. Pero hoy, televisados casi en directo y difundidos por una amplia cobertura de medios de comunicación, parecen, si cabe, más frecuentes y arrastran nuevas amenazas colaterales, como los daños causados en la planta nuclear de Fukushima, Japón, en el desastre de 2011. Si bien el hombre no puede controlar la fuerza desbordada de la naturaleza, si puede mitigar la peor dimensión de las catástrofes combatiendo el factor corrupción, que suele agravar considerablemente muchas de ellas y poner en evidencia que la mordida, el cohecho y la avaricia de los responsables suele acarrear consecuencias gravísimas e imprevisibles.

El avance de la tecnología

«Porque el SEÑOR da sabiduría, de su boca vie-

nen el conocimiento y la inteligencia» (Prov. 2:6, LBLA).

Dios ha dotado al hombre de inteligencia y creatividad para inquirir en su creación, descubrir las leyes que la gobiernan y usar nuevos métodos de investigación que ayuden a un mayor progreso y bienestar humanos. Pero muchos se olvidan de esto, se atreven a negar la existencia de Dios y se creen genios de la ciencia y la tecnología, aunque sean incapaces de hacer nada ante la magnitud de grandes tragedias, como la ocurrida en Japón, donde queda demostrado que hasta los países tecnológicamente más adelantados del mundo sucumben ante la fuerza descomunal de la naturaleza.

La dependencia de Dios, es el único sostén en medio de toda clase de adversidad. Como asegura la Biblia, todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios. Pongamos por caso el ejemplo de Claudia, chilena natural de Talcahuano, que empezó a caminar con el Señor a los siete años y cumplió 20 el mismo día del terremoto. Ella se acurrucó bajo una mesa y esperó que se pasara

el seísmo, para luego echar a correr hacia el cerro y ponerse a salvo del tsunami. En esos tensos minutos escuchó en lo más profundo de su ser una voz que le susurraba: «tienes otra oportunidad para vivir con propósito». Claudia afirma que esta experiencia la hizo madurar y que la oportunidad que Dios le regaló se hizo realidad muy pronto. Ella sigue adelante con sus estudios universitarios en pedagogía diferencial (para discapacitados), y ha hecho presentaciones de la película «Narnia» de una manera muy didáctica y original. Gracias a ello, muchos niños han acudido a los pies del Señor. No se puede negar que Claudia y Marco, el niño chileno de Arauco, vivieron momentos de pánico y sintieron la muerte muy de cerca, pero su fe y su confianza en Dios les ayudaron a ser mejores cristianos y a superar esta dura experiencia que ya nunca olvidarán.

La iglesia: brazos extendidos de Dios.

La iglesia tiene que estar tan alerta y preparada como los medios de comunicación para aprovechar la oportunidad de demostrar y cumplir el mandato divino «ama a tu prójimo como a ti mismo». Un trabajo serio, organizado, a largo plazo, colocará cimientos profundos bajo el padecimiento de los damnificados. Casi todas las organizaciones cristianas y humanitarias se movilizan en tropel, acuden en estos casos a rescatar con ayuda médica urgente, alimenticia etc. Esto es, desde luego, vital en un primer momento, pero algunos problemas graves quedan sin resolver, como el de los adultos que pierden seres queridos y necesitan cicatrizar sus heridas pasando por una fase de luto y consolación. Los que perdieron bienes materiales, necesitan ayuda para reconstruir sus hogares, negocios, etc., los que perdieron puestos de trabajo, necesitan sostener a sus familias y seguir

adelante. Los heridos necesitarán terapias de recuperación, y los que sufrieron daños irreversibles tendrán que ser enseñados, ellos y sus familias, a adaptarse a un nuevo estilo de vida. Surgirán muchas otras necesidades, pero no se podrá olvidar a los huérfanos. Habrá que consolarles, y aunque a veces los veamos jugando dos o tres días después del desastre, y pensemos que ya todo pasó, que ya todo está bien, en la mayoría de los casos los traumas y las heridas internas, si no son atendidas a tiempo, con amor y paciencia, dejarán secuelas muy graves en las víctimas. Se deberá cubrir con oración y sabiduría este servicio, tanto la labor de los que acuden al lugar de los hechos como la de los que se quedan orando y organizando la logística y la responsabilidad asumida. Nuestro trabajo, servicio y compasión serán agentes de transformación para acercar el reino de Dios a una sociedad sufriente.

ORE

- para que muchas iglesias organicen ministerios de socorro que estén listos para prestar ayuda en catástrofes
- para que las autoridades tomen medidas y hagan simulacros de emergencia para prevenir catástrofes en países sometidos a graves riesgos
- para que muchos jóvenes cristianos estudien ciencias para ayudar a la humanidad a superar desastres naturales
- para que se desenmascare la corrupción, la cual es muchas veces causa que multiplica los efectos devastadores de catástrofes que en parte podrían haberse evitado

